CUATRO SEMBLANZAS DE CARLOS V

POR

MANUEL FERNANDEZ ALVAREZ

En estas cuatro semblanzas de Carlos V quiero analizar la pintura que de él hicieron dos de sus cronistas contemporáneos, para cotejarla con las descripciones de los famosos embajadores venecianos en su Corte, Contarini y Badoaro. Estos cuatro retratos corresponden a distintos momentos de la vida del Emperador. El de Contarini, al comienzo de su Imperio, es el retrato de un joven Emperador de veinticinco años, cuyos ejércitos han obtenido una ruidosa victoria sobre el rey francés. Es el Carlos V de la época de Pavía. El de Pero Mexía, el fino escritor sevillano, capta al Emperador en la cumbre de su poderío y de su gloria hacia mediados de siglo. Es el Carlos V de Mühlberg. La tercera silueta imperial, diseñada por otro veneciano, el embajador Badoaro, nos refleja al César a sus cincuenta y siete años, a raíz de la escena de su abdicación de Bruselas y de su retiro del mundo; es el Carlos V de Yuste. Finalmente recojo el juicio que de él hace otro cronista español, Alonso de Santa Cruz, que, aunque inserto entre la narración de los primeros sucesos de su reinado, está hecho después de la muerte de Carlos V; éste es el recuerdo de Carlos V.

Podría apreciarse una laguna: la de la adolescencia del César. Pero esa laguna cuadra bien con la vida de Carlos V. Así pudo decir de él Ranke que, al modo de los héroes antiguos, pasó desapercibido en su juventud para sorprender de súbito con la estela de sus hazaños (1).

La descripción de Contarini.

«La cesárea majestad—nos describe Contarini en 1525—es joven, de veinticinco años, tantos cuantos llevamos del millar desde el 1500, y cumplirá el vigésimo sexto el 24 del mes de febrero, en el día de

(1) «Wenn die alte Sage ihre Helden schildert, gedenkt sie zuweilen auch solcher, die erst eine lange Junge hindurch untätig zu Hause sitzen, aber alsdann, nachdem sie sich einmal erhoben, nie wieder ruhen, sondern in unermüdlicher Freudigkeit von Unternehmung zu Unternehmung fortgehen. Erst die gesammelte Kraft findet die Laufbahn, die ihr angemessen ist. Man wird Carl V mit einer solchen Natur vergleichen könne...» (Rankke, «Die Osmanen un die spanische Monarchie im sechszehnten und siebzehnten Jahrhundert», 3.ª ed., Berlin, 1857, p. 131.)

San Matías, en el cual tuvo la victoria contra el ejército francés y fué preso el rey cristianísimo. Es de estatura mediana, ni muy grande ni muy pequeño, de color más bien pálido que rubicundo; de cuerpo bien proporcionado; bellísima pierna, buen brazo, la nariz un poco aguileña, pero poco, los ojos inquietos, el aspecto grave, pero no cruel ni severo; y en él ninguna parte del cuerpo se puede afear, excepto el mentón, o sea todo el maxilar inferior, el cual es tan ancho y tan largo que no parece natural de aquel cuerpo, sino postizo, donde sucede que no puede, cerrando la boca, unir los dientes inferiores con los superiores, antes los separa un espacio del grosor de un diente, de donde en el hablar, máxime al terminar la clásula, balbucea alguna palabra, lo cual frecuentemente no se entiende muy bien. En las armas en justa y en los juegos de cañas a la ligera es tan diestro cuanto otro caballero que lo sea en su Corte. Es de complexión, en principio, melancólica, mezclada, sin embargo, con temperamento sanguíneo, de donde tiene también naturaleza correspondiente a la complexión. Es hombre religiosísimo, muy justo, desprovisto de cualquier vicio, nada inclinado a los placeres, a los que suelen ser inclinados los jóvenes, ni se deleita en pasatiempo alguno. En alguna ocasión va de caza, pero raras veces; sólo se deleita con negociar y estar en sus consejos, a los que es muy asiduo y en los que está gran parte del tiempo. Es muy poco afable, más bien avaro que liberal, por lo que no es muy querido; no demuestra ser ambicioso de Estado, pero tiene gran ambición de combatir, y desea mucho encontrarse en una jornada de guerra; demuestra también tener gran deseo de hacer la empresa contra los infieles. Desea asimismo sumamente ir a Italia, pensando que de ésta su venida depende su grandeza...»

«Había omitido, al hablar anteriormente del carácter de su majestad, añadir esta otra condición: que el César es de pocas palabras y de carácter muy moderado; no se eleva mucho en las cosas prósperas ni se deprime en las adversidades. Verdad es que siente más la tristeza que la alegría, conforme a la cualidad de su carácter, el cual he dicho anteriormente es melancólico. Verdaderamente, en estas grandes victorias alcanzadas contra el rey cristianísimo tuvo tanta moderación que fué un milagro; no se vió una señal de insolencia ni en las palabras ni en movimiento alguno. Si bien hay una parte no laudable, me refiero a su inclinación natural, que, por cuanto me dijo su confesor, con el cual tuve alguna familiaridad, digo el francisco que murió en Valladolid, y es que lo natural en el César es que recuerde las injurias que le hacen, las que no puede olvidar tan fácil-

mente. Esto es cuanto se puede decir por mí de la persona del César...» (2).

Aquí tenemos, por tanto, según nos la da Contarini, la estampa del joven Emperador. En primer término, su aspecto físico: hombre de estatura media, bien proporcionado de formas, la faz pálida, los ojos inquisitivos y con ese conocido defecto de mandíbula que le obligaba a llevar la boca abierta. Y en segundo lugar, lo que nos importa más, esa relación de sus cualidades, de las que resaltan su carácter religioso, su amor a la justicia, a los negocios de Estado y a las armas. He aquí, inserto en la aguda visión de Contarini, un detalle que nos revela el carácter de Carlos V. Pese a su afición a las empresas bélicas, no quiere abusar de su victoria sobre Francisco I de Francia. En realidad, es que su innato sentido ético, por una parte, y el de su misión imperial, por la otra, le hacen desear la empresa contra los infieles, es decir, contra el Turco, que entonces amenazaba grandemente el Reino de Hungría. Es esta pintura del Emperador tanto más notable en sus elogios cuanto que Contarini no tenía empañado su espíritu por la adulación cortesana. De los dos defectos que señala en Carlos V, uno puede pasar por una virtud en el Príncipe, y es el tender más a la avaricia que a la liberalidad, cuando se entiende esa avaricia limitada a los términos que aquí nos señala Contarini: ser parco en las mercedes. Y por lo que hace al segundo defecto que aprecia el embajador veneciano, por el que Carlos V olvidaba difícilmente las ofensas, nos hace llegar más a fondo y alcanzar la intimidad de su ánimo; arrancaba, sin duda, del elevadísimo concepto que de sus funciones imperiales tenía, en lo que no hay que ver tanta soberbia como celo por la dignidad que ejercía.

Alabanza de Carlos V por Pero Mexía.

Escrita en 1549, por lo tanto cuando se hallaba el César en la cumbre de su gloria y poderío—peligrosa cumbre en la que se podía profetizar el descenso—, es esta alabanza de Carlos V, escrita por Pero Mexía, su cronista, una hermosa muestra de la elegante prosa

---

(2) Traduzco directamente del texto italiano publ. por Alberi, «Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato», ser. I, vol. II, Florencia, 1840, p. 60 y ss.

Esta relación de Contarini no se inserta en la obra de Gachard «Relations des ambassadeurs vénitiens sur Charles-Quint et Philippe II» (Bruselas, 1856), aunque comenta en el prólogo algunos aspectos de la misma. Sí la recoge, en cambio, traduciéndola, García de Mercadal, en su «Viajes de extranjeros por España y Portugal» (Madrid, ed. Aguilar, 1952), aunque con algunos defectos de bulto; así cuando Contarini dice de Carlos V que no era nada inclinado a los placeres («alle voluttà»), juicio que García de Mercadal traduce por «nada inclinado a la voluntad» (p. 907): frase que en mal castellano parece entenderse por falto de voluntad, cosa tan contraria al carácter del César. Algunas más podrían señalarse.

del escritor sevillano. Constituye el Proemio de su «Historia del Emperador Carlos V», en donde dice:

«Grande obra y maravillosa por çierto es la que acometo, pues me dispongo a escriuir la vida e ystoria del invictissimo emperador Carlos Máximo, quinto deste nombre, rrey de España y de las dos Sicilias, etc.; porque sus virtudes y excelençias son tan grandes, y sus hechos y hazañas tantas y tan altas, y los acaeçimientos de sus tiempos tan marauillossos, que rrequerían muy altos y exçelentes yngenios, y muy singular eloquençia para tratarlas. Y está el mío tan baxo y tan falto désto, que qualquiera que lo entendiere bien juzgará por loca osadía y soberbia grande ponerme yo en lo que me pongo.

»Pero aunque esto sea ansí verdad, todauía tengo algunas disculpas y descargos justos de lo que hago. La primera es que, pues pareçe ynposible hallar escriptor competente para cosas tan grandes como son las de este gran César, no es rrazón que por eso los medianos ingenios se acorbarden ni dexen de hazer lo que pudieren, porque, ya que no como deuen, a lo menos como fuere posible se ponga nen memoria sus cosas y no se aproueche el oluido dellas. Y allende de esta disculpa general, tengo yo para esto otra particular mía, y es parescer que, por aver yo escripto las vidas de todos los otros enperadores, tengo alguna manera de ación y derecho a esta parte, aunque a la verdad monta más que lo otro todo.

»Pero el más çierto y mayor descargo, y que sólo me basta, es que lo hago yo por mandamiento de Su Magestad, a quien no puedo dexar de obedeçer; el qual tengo por de tanta virtud y eficaçia, que bastará para que yo no salga mal con esta empresa. Porque entiendo y tengo esperança que, así como en los grandes hechos y cosas marauillosas de guerra y de paz que por él o por su mandado an sido acabadas sienpre á pareçido ser guiadas por Dios, y que donde el juyzio y prudençia humana ya se perdía á sostenido y faborecido su consejo, de manera que con sólo él se an acauado cosas muy grandes y quales nunca se pensaron, quando menos esperança auía de alcançarlas, que ansí será seruido en mí, cuya flaqueza verdaderamente no era para tan grande carga, por auerme él señalado para ello, poner lunbre y fuerça particular, con que convinientemente trate en este negoçio. Porque de otra manera, para mí téngolo por ynposible.

»Y no parezca encareçimiento demasiado dezir esto así, ni se presuma de mí por ello que engrandeçeré sus hechos y virtudes con palabras más de lo que son, ni que me alargaré en punto más de la verdad en contarlos. Porque, allende de que en ello ofendería yo a

su bondad y modestia, pues tan enemigo es de anbición y de mentira, tengo tan poca neçesidad de hazer esto, que antes temo, y avn sé çierto, que en anbas cosas quedaré falto; porque en los loores y encarçimientos no podré dejar de ser corto, y en el quento breue y escaso, sigún lo que es menester para cunplir con lo uno y con lo otro. Y ser esto muy grande verdad, qualquiera de los que oy biuen y lo saben, y de los venideros, entendiéndolo por fama y memoria que nunca se podrá perder, lo entenderá façilmente, si sin pasión quisiere considerar sus santas costunbres y virtudes, su verdad ynbiolable, su tenplança y tiento en todo lo que es malo, exçeso y desorden, su linpieza y onestidad estremada, su ygualdad de justiçia; y juntamente, su grande clemençia con los súbditos culpados y con los enemigos vençidos, su singular constançia y firmeza, su invençible esfuerço y fortaleza, su caridad y su fe y religión marauillosa. Finalmente, todas sus virtudes y condiçiones.

»Y también si, boluiendo la cara atrás, a los treinta y tres años que á que rreyna hasta oy, que es el año de mill y quinientos e quarenta e nueue años, en que yo comiençó esta escritura, quisiere acordarse y hazer consideraçión del valor y autoridad e la justiçia e igualdad con que á gouernado estos reynos, y la paz y quietud que en ellos á puesto y en que oy día están, y los que se an adquirido y juntado con ellos en muchas partes y en los vltimos fines de la tierra, en tan grandes distançias de mares y tierras, y el oro y plata y rriquezas que dellos se an traydo, que pareçerá yncreíble a los siglos venideros y vímoslo por nuestros ojos, y los poderosos rreyes dellos vençidos y cautivos.

»Y si también las guerras que á tenido con potentísimos rreyes, y algunas vezes con todos los príncípes y potentados del mundo, católicos e ynfieles, y en vn mismo tiempo, quisiere contar, y las victorias avidas contra ellos: el Turco ahuyentado con ynfinito exército; el rrey de Françia vençido y preso, el de Túnez humillado a sus pies, la cabeça y señora del mundo, Roma, quando quiso rresistir, entrada y saqueada. Si las otras conquistas e victorias e çiudades conbatidas por él y por su mandado: Génoua, Túnez, Florençia, Gueldres; e Ytalia sujeta y llana. Y finalmente, la que se tenía por domadora de las jentes, Alemania, sojuzgada y allanada por fuerça de armas. Y ansí otras muchas cosas; de las quales llamo por testigos, para perpetua memoria desta verdad, a todos los del siglo presente que han alcançado algunos destos tienpos.» (3).

---

(3) Pero Mexía, «Historia del Emperador Carlos V», ed. crítica de Mata y Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1945, p. 3-5.

Evidentemente, hay en esta alabanza términos desmedidos frutos de cronista asalariado. Mas es preciso reconocer que Pero Mexía tenía a su disposición una brillante ejecutoria, en la vida del César, a la que poder referirse sin deterioro de la verdad. En 1549, salvo el lunar del desastre de Argel—por otra parte, sin mayores consecuencias—, Europa había contemplado cómo las más sorprendentes victorias habían sido logradas por los ejércitos de Carlos V. Y ello al tiempo que las hazañas de los conquistadores hispanos, más allá del Océano, doblaban su Imperio. De ese modo se justificaba el altivo lema de su escudo: «Plus ultra.» Parecía como si subyugados por tanta grandeza, el francés y el turco, los sempiternos enemigos del César, aliados hasta entonces por esa común hostilidad, cedieran finalmente en sus ataques. ¿Y no era cierto, acaso, que el Emperador, no contento con tanta gloria, había aprovechado aquella ocasión para lanzarse al asalto de los baluartes dominados por los Príncipes protestantes en el corazón de Alemania? Carlos V cosechó tanta fama de valor como nombradía de buen capitán, en las dos sucesivas campañas del Danubio y del Elba, que luego él, como en la antigüedad Julio César, dejó inmortalizadas en sus «Memorias»—las dictadas en el verano de 1550 a su fiel secretario Van Male—. Se hallaba, sin duda, en la cumbre. Y justamente lo recordamos tal como nos lo legó Tiziano, lanza en ristre, cabalgando por las campiñas de Mühlberg.

El retrato de Badoaro.

El Embajador veneciano Badoaro, al regresar de su embajada a España en 1557, nos describe a Carlos V ya en el ocaso de su vida. Y es notable que, para muchos aspectos, se exprese en términos parecidos a Pero Mexía, añadiendo, naturalmente, el recuento de las últimas malaventuradas jornadas del Emperador. En cuanto a su retiro del mundo, su apartamiento y retirada a Yuste, no es bien comprendido por Badoaro, extrañado ante espectáculo tan insólito de que quien tanta gloria había logrado en el mundo abandonase voluntariamente el poder. Pero he aquí el comentario de Badoaro:

«Es Su Majestad cesárea de estatura mediana y aspecto grave. Tiene la frente espaciosa; los ojos azules y que dan muestra de una gran fortaleza de ánimo; nariz aquilina y un poco torcida; la mandíbula inferior larga y ancha, lo que le impide juntar los dientes y hace que no se entienda bien el final de sus palabras. Sus dientes de delante son poco numerosos y cariados; su tez es hermosa; su barba es corta y apuntada. Es bien proporcionado de persona. Su

complexión es flemática, de origen melancólico. Padece casi continuamente de hemorroides y, a menudo, en los pies y en el cuello de la gota, por la que tiene contraídas las dos manos. Ha escogido el monasterio de Yuste para vivir allá, a causa de que el aire de ese sitio es el más propicio de España para el restablecimiento de su salud...»

«Pues, viniendo a las partes del espíritu, ha demostrado Su Majestad en todas sus palabras como en sus acciones la mayor adhesión a la fe católica. Todos los días de su vida ha oído una, y a menudo, dos misas; al presente oye tres, de la que una es por el alma de la Emperatriz y otra por la Reina, su madre. Asiste a los sermones con ocasión de las fiestas solemnes de la Iglesia, como a todos los de cuaresma y a veces también a las vísperas y a los otros oficios divinos. Actualmente se hace cada día leer la Biblia: se confiesa y comulga cuatro veces por año, según su antigua costumbre, y hace distribuir limosnas a los pobres. Antes de su salida de Flandes para España, acostumbraba tener un crucifijo en la mano, y he oído contar, por cosa verdadera y como un gran testimonio de su celo religioso, que cuando estaba en Ingolstadt, en la proximidad del ejército protestante, le vieron a medianoche en su pabellón arrodillado ante un crucifijo y con las manos juntas...»

«A juzgar por la naturaleza y la complexión del Emperador, se creería que es tímido; pero si se consideraran sus acciones se encontrará que está dotado de fuerte ánimo; porque en las expediciones militares ha dado pruebas de intrepidez y jamás se le vió demudar la cara, a no ser después del gran desastre de Argel, cuando, abordando a Mallorca, se le vió llorar al ser acogido por sus súbditos; y con ocasión de su fuga de Insprück, viajó día y noche bajo lluvias incesantes y por caminos detestable, aunque el elector Mauricio estuviese demasiado lejos para que tuviese nada que temer de él...»

«En el comer, hasta su partida de los Países Bajos para España, S. M. tenía la costumbre de tomar, por la mañana, al despertarse, una escudilla de jugo de capón con leche, azúcar y especias; después de lo cual volvía a reposar. A mediodía comía una gran variedad de platos; merendaba pocos instantes después de vísperas, y a la una de la noche cenaba, tomando en esas diversas comidas toda clase de cosas propias para engendrar humores espesos y viscosos...»

«He oído a personas de la Corte decir que había sido de un carácter inclinado a mirar de demasiado cerca cuando se trataba de dar cien escudos, mientras que se había mostrado pródigo, por ejemplo, cuando había querido atraerse al Príncipe Doria, a don Ferran-

te Gonzaga y a otros capitanes y personajes de ese rango; pero otros quieren que haya obrado de ese modo con respecto a estos últimos con objeto de recibir de ellos mejores servicios...»

«Como aquel que no es liberal no sabría ser rumboso, puede decirse que los gastos que ha hecho para el adorno de sus palacios, para las libreas de su Corte, para sus fiestas, no han estado en relación con la suprema dignidad de un Emperador dueño de tantos reinos y Estados. En verdad ha hecho aparecer, en diversas épocas de su vida, ciertas cualidades que son propias de un corazón magnánimo; así es como se ha comprometido en empresas muy grandes y muy difíciles y ha dado en ellas pruebas de su intrepidez, que, sin dejar de mostrar que no deseaba la guerra, le han visto, cuando se había declarado, ponerse en campaña siempre con alegría, queriendo ver y entender todas las cosas y darse cuenta de ello por sí mismo, no cuidando de su propia vida y haciendo funciones de cualquier capitán, pues, en suma, ha tenido el honor por objeto...» (4).

«Hace seis años gozaba entre los príncipes de la tierra y entre sus enemigos, cubiertos o declarados, sean cristianos, sean infieles, de la más grande reputación que ningún emperador, no solamente de nuestra edad, sino desde hace muchos y muchos siglos, jamás hubiese tenido, a causa de tantas y tan gloriosas victorias como había conseguido: en Africa, sobre el rey de Túnez; en Alemania, sobre el elector Juan Federico de Sajonia, el landgrave de Hesse, las ciudades libres y el duque de Cléveris; en sus guerras contra el rey de Francia, convertido en su prisionero; contra el Papa Clemente, contra Génova, Florencia y Milán. Pero la huída de Inspruck y la infortunada salida de la empresa de Metz han interrumpido el curso de su gloria, y se recuerdan otros desastres, como los de Provenza y Argel, la tregua desventajosa concluída por el Emperador con el Rey Cristianísimo, su abdicación, su salida para España, su entrada en un monasterio, le han hecho perder casi toda su reputación; digo casi toda porque aún le queda tanta como queda de impulso a una galera que, empujada por los remos y el viento, hace todavía un poco de camino cuando los remos se detienen y el viento cae. Todos concluyen que el soplo favorable de la fortuna ha guiado el inmenso navío de tantos Estados, reinos e Imperio de Su Majestad.»

---

(4) «Relazioni degli ambasciatori veneti...», op. cit., ser. I, vol. III, Florencia 1853, p. 222 y ss.; por la extensión de la descripción de Badoaro traduzco sólo algunos fragmentos. Cf. Gachard, «Relations des ambassadeurs vénitiens...», op. cit., p. 19 y ss., quien recoge la relación de Badoaro según los Mss. de la Biblioteca Nacional de Madrid, de la Bibl. Real de Bruselas y de la Bibl. Nat. de París (trad. española del Dr. Pérez Bustamante, Madrid, 1944, p. 23 y ss.).

Si se coteja esta descripción de Badoaro con la de su compatriota Contarini, se echará de ver que, pese a los treinta años largos transcurridos, los trazos fundamentales persisten: ese carácter grave, con tendencia a lo melancólico; ese profundo sentido religioso y justiciero; ese desear, por reflexión, la paz, junto con esa su inclinación natural a las cosas de la guerra. Y, sobre todo, ese poner por norte de sus acciones el honor y el cumplimiento del deber. En cuanto a la fama y gloria de Carlos V hasta las jornadas de Inspruck y Metz, Badoaro no hace más que dibujar el Carlos V en la cúspide de sus gestas que hemos observado en el retrato del cronista Pero Mexía.

Asombra, en cambio, que tan fino observador no interpretase adecuadamente el gesto de Carlos V al retirarse a Yuste. Esto nos hace entrever el sinnúmero de cábalas que debieron correr en la Europa contemporánea para explicarse el insólito suceso. Y, sin embargo, eso es lo que mejor concuerda con el Emperador, que tomaba sus funciones como un sagrado deber que cumplir, como una carga, en suma. Ni tampoco sabía Badoaro, como nosotros lo sabemos hoy en día, que era aquél un viejo proyecto del César, largos años acariciado. Y más que los últimos desastres, hay que pensar que el haber consolidado la situación de su hijo, tras de la victoria diplomática de su boda con María Tudor de Inglaterra, fué lo que empujó al Emperador a la abdicación, al viejo Emperador, ya agotado. Quizás influyera, en última instancia, la muerte de su madre, la muerte de la pobre recluída en Tordesillas. En definitiva, ella había sido la reina propietaria de los reinos hispanos; y es curioso considerar que el reinado de Carlos V duró lo que la vida de Juana la Loca.

El juicio de Alonso de Santa Cruz.

El juicio de Alonso de Santa Cruz, uno de los más fidedignos cronistas de Carlos V, viene a darnos la estampa del César tal como vivía en el recuerdo de quienes le habían conocido, la estampa que perduraba en la memoria de la época filipina. Helo aquí:

«Fué el Emperador don Carlos mediano de cuerpo, de ojos grandes y hermosos, las narices aguileñas, los cabellos rojos y muy llanos (aunque como fué entrando en años se tornaron de como los trajo), la barba ancha y redonda y bien proporcionada, la garganta recia, ancho de espaldas, los brazos gruesos y recios, las manos medianas y ásperas, las piernas proporcionadas. Su mayor fealdad era la boca, porque tenía la dentadura tan desproporcionada con la de arriba, que los dientes no se encontraban nunca; de lo cual se seguían dos daños: el uno, tener el habla en gran manera dura, sus palabras eran como

belfo, y lo otro, tener en el comer mucho trabajo; por no encontrarse los dientes, no podía mascar lo que comía ni bien digerir, de lo cual venía muchas veces a enfermar. Era más reflexivo que idóneo, y a esta causa fué amigo de soledad y enemigo de reír, siendo ya casado. Enemigo de hablar mucho, tanto que por muy largo tiempo a los negociantes de sus negocios les venía a responder en breve sonido. A más de ser tan corto en sus razones, era muy sospechoso, principalmente con los españoles; en tanta manera, que si le aconsejaban, pensaba que era más por amistad o malicia que no por razón. Se incomodaba con los porteros porque dejaban entrar negociantes y también porque no la tenían aderezada; mas al fin, como era f... reñir y bueno en el disimular. Era muy templado en sus actos. En el tiempo de su comida casi no hablaba, y tampoco en la sala donde estaba. Los manjares que más le agradaban eran de venados y puercos monteses, de abutardas y grullas. No era amigo de comer potajes, sino de asado y cocido, ni jamás le servían lo que hubiese de comer, sino él mismo se lo había de tomar. A los demás daba lo que a él le parecía y no daba lo que querían. Era amigo de historias y de buenas doctrinas, y cansándose de lecturas en edad, se dió a saber cosas de filosofía y astronomía, memoriales y cartas de marear y globos, donde estudió para aprender las ciencias. Era muy honesto en su vida. Ayunaba todas las vigilias de Nuestra Señora y oía sermón cada fiesta. Confesaba y comulgaba las Pascuas; y día de Todos Santos y de San ... se retraía a rezar y a orar algu... él habían de negociar. Nunca se le vió estar más dispuesto a misericordia que no a riguridad. Fué amigo de caza de montería, en la cual, por matar un ciervo y esperar puercos, se perdió muchas veces de sus monteros y le acontecieron grandes peligros; no fué amigo de caza de cetrería, aunque la tenía muy buena; ni fué vicioso ni amigo de jugar a naipes ni a dados ni a otros juegos, aunque algunas veces ganaba a las tablas. En el vicio de la carne fué a su mocedad mozo, porque tuvo en Flandes una hija bastarda y en Castilla otra; la de Castilla murió muy niña; la de Alemania diremos adelante en esta historia. Siendo casado, tuvo muy gran amor a la Emperatriz, su mujer. A los principios de su reinado tuvo gran desorden en su casa y mesa y cocina y botillería y caballeriza, por lo cual vino a caer en algunas necesidades y a que en su Reino se engendrasen algunos escándalos. Como creciese en edad, quitó los más de los gastos y reformó su casa. Fué amigo de los buenos y no muy amigo de negocios, y como tuviese muchos, descargábase de ellos con un secretario, por donde se conchúan muy tarde y daba que murmurar a los negociantes. Cuanto a los Arzobis-

pados, Obispados, Encomiendas, Capitanías, Alcaldías y otros oficios en los que era importunado, luego de muchos de ellos, los daba tarde, porque quería servirse de buenos, y deseaba tanto acertar en el dar de los oficios, que si por caso le importunaban, él hacía merced no al que le pedía, sino al que merecía. Desde ... a su tiempo no se lee de ninguno ser tan amigo de justicia como él ni tener tanta igualdad, y mientras vivió, jamás tomo ninguna cosa de cohecho ni perjudicó a ninguno, y por causa de favorecer tanto la justicia tuvo siempre sus días mucho sosiego, aunque como sus Ministros se viesen tan favorecidos, fueron muy absolutos en el mandar y muy disolutos en el robar. Pocas veces mandó suspender y alargar pleitos, ni menos dió carta para rogar por nada, y suplicaba a los Ministros de la justicia para que la hiciesen a los de sus Reinos rectamente. En las consultas que ante él se hacían, el gran celo que tenía era notado y hacía muy buenos apuntamientos. En lo que tocaba a la justicia, era tanta, que aunque estuviese muy importunado e informado, siempre se remitía al parecer de los de su Consejo de manera que fuese. Las más de las veces que cabalgaba era a la brida, más que a la jineta. Montaba caballos flamencos muy poderosos, los cuales eran más tardos en el correr, y hacíales dar saltos muy grandes. Tardaba mucho en escribir, y en firmar era muy tardío. Y en su vida fué muy sabio. Tuvo caídas malas y aun peligrosas; en algunos tiempos las tuvo que le hacían caer de su estado y mudar el gesto asimismo, aunque después que fué entrado en edad le trataba muy mal, a tiempos, el mal de gota. Como no daba muchas veces en hacerles mercedes, a cuya causa le dejaron de servir muchos y murmuraban de él todos.»

«Muy pocas veces cabalgaba por los pueblos donde estaba, sino siempre se holgaba de estar retraído o recogido en su cámara, lo cual le fué tenido a mal, porque allende de recrear su persona, les parecía que con su vista recibieran muy gran contentamiento. Fué muy agudo y de muy claro juicio, lo cual se veía en él por el conocimiento que tenía de todas las cosas y en las buenas razones que daba de todas ellas. Y conocíase su gran memoria en la variedad de las lenguas que sabía, como eran: lengua flamenca, italiana, francesa, española, las cuales hablaba tan perfectmente como si no supiera más de una. Cuando quería negociar, siempre estaba en pie, y la causa era porque, dejado que era amigo de estar así, quería que el negociante fuese corto en sus razones, y cuando le traían algunas nuevas con que él no recibía placer de alguno que le había deservido, andábase paseando dos o tres horas, imaginando lo que aquél había hecho en su deservicio y pensando en el remedio de ello. Finalmente,

él fué amigo de buenos y virtuosos y enemigo de malos y mentirosos» (5).

Este retrato lo considero tanto más interesante cuanto que está muy lejos del rosario de alabanzas, tal como las prodigadas por Pero Mexía. Es de notar el reproche que Alonso de Santa Cruz insinúa contra el Emperador, por no ser amigo de españoles. La realidad es que la dignidad imperial, la amplitud de sus dominios y su constante trasiego de unos a otros hacían inevitable el cosmopolitismo de su corte; al contrario de Felipe II, quien, encerrado en El Escorial, se rodea casi exclusivamente de españoles. Pese a ese cosmopolitismo, la confianza que hacía Carlos V de sus naturales de España se echa de ver en sus Instrucciones, o especie de Testamento político, de 1548, cuando aconseja a Felipe II que para mantener la posición clave del Milanesado coloque allí una guarnición española (6).

Y la verdad es que el español medio matizó esa preferencia de Carlos V, y él, a su vez, se sintió orgulloso del Emperador, de «su» Emperador. Como aquel español que desde Roma, al conocer su muerte, sensibilizó lo irreparable de su pérdida con este lamento:

«¡El mundo conocerá ahora quién era Carlos V!» (7).

---

(5) ALONSO DE SANTA CRUZ: *Crónica del Emperador Carlos V*, ed. de la Real Acad. de la Hist., por A. Blázquez y R. Beltrán y Rózpide, Madrid, 1920, II, páginas 37-40. (Los pasajes incompletos o de sentido dudoso se deben a deterioro del ms.)

(6) Al advertir Carlos V a Felipe II que vele por mantener Italia al margen de las apetencias francesas, le dice: «Y aunque os sea necesario mirar en ahorrar quanto pudiéredes, según quedareis adeudado y vuestros Estados alcançados, no por esto se podrá excusar de tener siempre alguna gente española en Italia..., porque será el verdadero freno para ympedir ynnovamiento de guerra y que no se hagan ympressas para cobrar tierras...» (Instrucciones de Carlos V a Felipe II. Augsburgo, 18 enero 1548; publs. por Ch. Weiss, «Papiers d'Etat du Cardinal de Granvelle», en «Collestion de documents inédits sur l'histoire de France», 44, III, París, 1842, p. 290; cf. Laiglesia, «Estudios históricos, 1515-1555», I, p.

(7) Carta del Cardenal Sigüenza a Granvela, Roma, 18 nov. 1558: «Esta muerte del Emperador que aya gloria, será causa para que S. M. abreuie su yda a Spaña. Cada día siento más su muerte, y tengo mucha razón por las merçedes y buen tratamiento que siempre me hizo, y el mundo conocerá aora quien era Carlos Quinto. Nuestro Señor le tenga en su gloria, que allá deve de estar.» Bib. de Palacio, Ms. Papeles de Granvela, leg. 2260, fol. 122.